

Educar a amar. Escritos de Karol Wojtyla sobre el matrimonio y la familia

César Bravo Díaz¹

El libro en cuestión es un recopilatorio de varios escritos de Karol Wojtyla respecto al matrimonio y la familia. De todo ello, el presente escrito tiene como finalidad recorrer de cerca el análisis que Wojtyla hace sobre el papel de la pureza en la pedagogía del amor. Él mismo relaciona ambos temas afirmando que *“la educación del amor exige siempre una cierta purificación de la sensualidad y de la afectividad”*².

Empezaremos entonces por acercarnos al análisis de la pureza a través de la comprensión de lo puro. Wojtyla dice que *“puro, en estas diversas perspectivas, no nos dice más que: libre de todo aquello que ensucia e infecta”* (Kwiatkowski; p.21). Ante esta primera aproximación nos permite entender que no sólo existe lo puro sino además lo purificado, es decir, existe la posibilidad de purificación. Vista entonces la purificación como un camino, como una posibilidad de mejora y crecimiento, es que podemos relacionarlo íntimamente con la educación al amor como fundamento de toda la vida personal.

Sin embargo, para continuar la reflexión sobre la pureza debemos intentar entenderla desde un punto de vista positivo para llegar a entender qué es y cuál es su papel en el amor. Esta reflexión suele llevar a conclusiones confusas si solo vemos la pureza como una prohibición, una negación, un obstáculo. La pureza no es decirle no a las relaciones sexuales sino saber decirle sí al amor. Y en ese sentido Wojtyla nos propone iniciar

el recorrido con una reflexión sobre el impulso sexual que nos permita un horizonte más claro sobre la sexualidad y su sentido cuando afirma que *“la reflexión sobre el impulso contribuye tanto en nosotros a la formación de un modo de vivir positivamente la pureza, como en la elocuencia de una nueva vida humana”* (Kwiatkowski; pp.33–35).

La comprensión de la pureza como un sí al amor, permite reconocer la capacidad de la persona para ejercer su libertad con dirección a su perfeccionamiento. Si la purificación consiste en ser libre de lo que nos ensucia y *“la libertad, en efecto, debe estar al servicio del amor”* (Kwiatkowski; p.209), entonces la pureza es un ejercicio fundamental del que ama, del que se decide a amar auténticamente. En ese sentido, es fácil concluir junto con Wojtyla que *“la pureza no es enemigo del amor, sino al contrario, su aliada”* (Kwiatkowski; p.55) en cuanto es capaz de potenciar la libertad, de purificarla para el ejercicio óptimo de su finalidad: el amor.

Ahora bien, no debiera pensarse que la pureza es algo que solo se refiere al plano de la sexualidad, sino sobre todo al plano relacional de la persona. Es claro que la pureza puede vivirse en todos los niveles de relación. Entre estos niveles el que resulta fundamental es la relación con Dios. Al respecto Wojtyla afirma que *“la cuestión de la pureza para el hombre creyente está y debe estar entre él y Dios, y no puede ser separada de esta posición sin destruir la esencia misma de la*

¹ Licenciado en Educación Secundaria en la especialidad de Filosofía y Teología. Maestro en Ciencias del matrimonio y la familia por el Istituto Giovanni Paolo II - Roma. Docente de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: cbravo@usat.edu.pe

² P. KWIAWKOWSKI (editado por), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Cantagalli, Ciudad del Vaticano 2014, 167. (traducción mía)

relación Dios – Hombre” (Kwiatkowski; p.75). En efecto, cuando si entendemos lo puro como aquello que está libre de lo que infecta, y lo aplicamos a nuestra relación con Dios, concluiremos que vivir en pureza frente a Él, significaría vivir libre de todo aquello que pudiese infectar nuestra relación, esto es el pecado. Por tanto se entiende que todo pecado es, en sentido concreto, un acto de impureza.

Para un creyente la pureza no es una mera alternativa sino el modo de vida y de relación que el amor de Dios nos exige. Un creyente decidido a amar debe buscar el camino de la pureza, es decir, como creyentes tenemos la responsabilidad de vivir el amor en un constante proceso de purificación de todo lo que ensucia mi relación con Dios, y por ende mi relación con los demás. Por tanto *“para quién es creyente, educarse en el amor significa además colaborar con la gracia”* (Kwiatkowski; p.283), esto es, permitir que la gracia de Dios llegue a nosotros y colme nuestro ser, preparado para recibirla a través de la purificación.

Referida a la relación con los demás, la pureza en el amor se entiende en el lenguaje de la sexualidad y la afectividad. En la relación de pareja es probablemente donde la comprensión de la pureza tiene sus frutos más dulces. La primera experiencia con la que se encuentra una pareja es la atracción, esto es, el natural deseo de estar con quien en un primer momento, impacta mis sentidos asombrándome. Por esta primera detonación afectiva, es que muchos reducen el amor al simple sentimiento, enfocados todavía de forma superficial en el verdadero encuentro con la otra persona. Al respecto advierte Wojtyla que *“es necesario siempre recordar que el simple sentimiento, aunque sea el más sano y el más noble, no es todavía amor, es solamente una cierta sustancia de la cual luego es posible construir el amor, aquel amor del cual dos jóvenes podrán apoyar toda la vida común en el matrimonio”* (Kwiatkowski; p.159).

Por tanto, se entiende que el sentimiento bien encaminado significará un elemento acompañante y dinamizador de la futura vida en pareja. No es todavía amor, pero sí es importante

para la vivencia del mismo, que será luego fortalecido y probado a través del conocimiento de la otra persona y de la reafirmación voluntaria de permanecer a su lado. Este encuentro de voluntades, este querer querer, esta reafirmación voluntaria del amor, hace posible el matrimonio como unión indisoluble de los cónyuges, fruto de un uso pleno y maduro de su libertad. Sin embargo, el matrimonio no solo es una experiencia de profundísima humanidad sino sobre todo un espacio de encuentro con Dios pues *“el Matrimonio en cuanto comunión fecunda de personas, que da la vida, y en cuanto fundamento de la familia, en un cierto modo es siempre un sacramento, es decir, una realidad que lleva en sí el signo de Dios – Creador y Dador de la vida”* (Kwiatkowski; p.99).

Estando por tanto frente a Dios, el acto de la unión matrimonial y el matrimonio mismo, no solo es algo bueno, sino algo sagrado, es decir, que implica la disposición de cónyuges a recibir la presencia de Dios, esto es, la gracia para cumplir la misión de fundar una familia. Esta gracia divina requiere un proceso de purificación de los cónyuges en su forma de vivir el amor conyugal, es decir, en su forma de entregarse y de pertenecerse mutuamente. Precisamente, esta entrega y esta pertenencia solo se puede entender como total y plena si lo vemos con una visión trascendental puesto que *“mientras entre ambos juran, prometiéndose el amor, la fidelidad y la honestidad conyugal, por el hecho mismo del juramento, reciben del Señor el permiso, el derecho de pertenecer el uno al otro, obviamente en la manera en la cual dos personas compuestas de alma y cuerpo pueden pertenecerse”* (Kwiatkowski; p.349). En conclusión, es Dios, Maestro de entrega y sacrificio, y por tanto Maestro de amor, quien tiene la autoridad necesaria para garantizar la gracia que se requiere para vivir el amor conyugal. El hombre y la mujer solicitan la gracia en el juramento matrimonial, volviéndose responsables custodios de su amor y de sus frutos.